

Autor: Martín Albornoz.

Facultad de Filosofía y Letras – UBA.

E-mail: milkarpovich@hotmail.com

Teléfono: 4962-9362

### **Extranjería y anarquismo en Rafael Barrett**

“La sombra y el movimiento en  
que consisto”  
(F. P.)

El movimiento anarquista argentino de principios de siglo XX (y quienes lo propiciaron), se asemejó mucho al obús bergsoniano que lejos de describir una dirección única y sencilla, estalló en miles de fragmentos, ellos mismos pequeños obuses, cuya trayectoria es sumamente difícil de reconstruir. Por eso llama la atención que, pese a que en los últimos años han aparecido estudios y artículos que han restituido su complejidad al anarquismo, sus prácticas culturales, sus modos de interpelación y sus redes de sociabilidad, no contemos aún con trabajos que indaguen suficientemente la vida y la obra de los anarquistas en singular. Con la excepción quizás de los casos de Alberto Ghirardo y Florencio Sánchez, son muy pocas las obras que se conocen en profundidad y desiguales los resultados. Las omisiones son innumerables y, entre ellos, el caso de Rafael Barrett es sumamente llamativo si consideramos, más allá de los propios anarquistas, la cantidad de referencias que de su vida y su obra ha hecho la más variada gama de escritores. En 1917 Borges suplicaba “con lágrimas en los ojos y de rodillas” a un amigo que comprara un libro de Barrett<sup>1</sup>; el escritor Barón Biza, en un editorial en el cual glosaba el texto **Psicología del periodismo**, lo llamaba maestro<sup>2</sup>; el dirigente socialista Juan Antonio Solari, aunque con anterioridad ya había escrito sobre él, en un número de la revista **Reconstruir** de marzo-abril de 1976 dedicado a Barrett

---

<sup>1</sup> La carta es del año 1917 y dirigida a Roberto Godel citada en: Corral, Francisco, **Rafael Barrett. El hombre y su obra**. Disponible en: [www.ensayistas.org/filosofos/paraguay/barrett/corral.htm](http://www.ensayistas.org/filosofos/paraguay/barrett/corral.htm).

<sup>2</sup> El texto aparece firmado por “La dirección” en: **Revista Charleston**, n° 3, agosto de 1926.

con motivo del centenario de su nacimiento, tituló su trabajo “Rafael Barrett, misionero de la belleza y la justicia”.<sup>3</sup> Por último, José Enrique Rodó se “jactaba” desde Montevideo de poder contestar afirmativamente, después de hacerla él mismo, la pregunta acerca de quién era el que firmaba R. B. artículos en **La Razón**.<sup>4</sup>

Por otra parte, existen también algunos trabajos que colocan la obra de Barrett en una perspectiva temporal más amplia, lo cual posibilita pensar su influencia en experiencias literarias más “concretas”. En este sentido, David Viñas, en **Literatura argentina y política**, recupera a Rafael Barrett de una manera bastante singular. Navegando los meandros de la equívoca bohemia porteña de principios del siglo XX, Viñas se encuentra con que: “probablemente con *El terror argentino* (1910) de Rafael Barrett se vaya dibujando un cauce alternativo que, más allá de ciertos tonos proféticos o de un *filantropismo inoperante*, llegue a lo eventualmente rescatable de Boedo o al criticismo más reciente y certero de un Osvaldo Bayer”.<sup>5</sup> Independientemente de la curiosa desembocadura de su afirmación, Viñas permite pensar la fuerte recepción e impacto que tuvo Barrett en el grupo de Boedo. Como ejemplo de esto último, se puede invocar el estudio de Álvaro Yunque titulado **Barrett. Su vida y su obra**. Sobre este trabajo, indagando la suerte póstuma de Barrett, que por contraposición a los casos de González Prada en Perú y Flores Magón en México no habría recibido ningún homenaje oficial en los países en los cuales vivió, Viñas destaca que, en función de la ecuanimidad de la cual Barrett es ejemplo, el viejo trabajo de Álvaro Yunque es “el único esfuerzo argentino de reivindicación de ese emergente libertario de origen español”.<sup>6</sup> El folleto de Yunque, de 55 páginas, escrito en un tono fuertemente apologético, sitúa a Barrett como un precursor de la literatura social en Argentina. Lo recupera en tanto que: maestro, hombre, rebelde, escritor, crítico, articulista, conferencista, cronista,

---

<sup>3</sup> Solari, José Antonio, “Rafael Barrett, misionero de la Belleza y la Justicia”; en: **Reconstruir**, n° 101, marzo-abril de 1976, Págs. 9-17.

<sup>4</sup> Rodó, José Enrique, “Las moralidades de Barrett”; en Barrett, Rafael, **Obras Completas, Tomo IV. Textos inéditos y olvidados. Noticias y juicios, Apéndice documental**, RP Ediciones / ICI, Asunción, Paraguay. **Nota:** Todas las citas de Barrett, salvo en caso de que se aclare, provienen de la edición de sus obras completas en cuatro tomos, por lo que se utilizará la sigla **OC** seguida del tomo correspondiente.

<sup>5</sup> Viñas, David, **Literatura argentina y política. De Lugones a Walsh**, Sudamericana, Buenos Aires, 1996, Pág. 45. El destacado es mío.

<sup>6</sup> Viñas, David, **Anarquistas en América Latina**, Paradiso, Buenos Aires, 2004, Pág. 34. En la página 25 de este libro Viñas considera a Barrett, junto con el mexicano Flores Magón y el peruano González Prada, como un modelo destacado del anarquismo de 1900; como una metáfora mayor de la mentalidad libertaria que “ya sea por su militancia, por su actividad periodística, pedagógica e intelectual, o por la suma de esas faenas, aparece condensado sobre sí complejos rasgos que permiten analizar con mayor detalle las características de la cultura libertaria de 1900”. En relación a los homenajes póstumos de Barrett, hay que hacerle una pequeña enmienda al estudio de Viñas y es que en Asunción, ciudad en la que más tiempo vivió y en la cual desarrolló sus actividades vinculadas al anarquismo, hay una calle que lleva su nombre.

panfletista, pensador, cuentista y caballero andante de los pobres. Sin embargo, no hay héroes de una sola pieza y Yunque desliza algunos reproches bastante particulares. El más llamativo es el que considera un error de Barrett el haber recalado en Paraguay: “huyó a la Asunción en busca de un clima más cálido y de paz. Fue su gran error (...) Con toda su insensibilidad y su indiferencia, Buenos Aires es una ciudad y Asunción – insensible y curiosa- una simple aldea. En Buenos Aires Barrett hubiese acabado por encontrar eco y círculo donde desarrollar sus magnéticas cualidades de luchador. En Buenos Aires se lee, se estudia, se piensa. Hay inquietud. La Asunción es el marasmo, la parálisis”.<sup>7</sup> Dejemos de lado la valoración sobre Paraguay y Asunción (en palabras de Yunque esa ciudad que tuvo “la rara suerte de que le cayera un hombre superior, pero no se lo merecía”<sup>8</sup>). Es importante señalar, que Barrett no llegó a Paraguay huyendo, ni, como sostiene Eduardo Galeano, movido por la casualidad ni la curiosidad.

Toman a Barrett, a su manera, también Jean Andreu, Maurice Fraysse y Eva Golluscio de Montoya con el propósito de analizar la producción literaria anarquista de América del Sur y, de este modo, los contornos de su obra se recortan (estrechándose o expandiéndose, lo mismo da) sobre el más general estilo de una *poética de la urgencia*. En un cuadro que devora a su objeto, las modestas y conmovedoras (siempre para los autores) talladuras de las plumas libertarias son entendidas, por fuera del campo del mero ejercicio literario, como medios-instrumentos para un fin de propagación ideológica. Sin tiempo para devaneos estéticos, urgida y pensada para un público proletario, la tentativa anarquista finalmente se trataría “de una literatura en la cual la ética predomina sobre la estética, puesto que el objetivo declarado con obstinación es el de terminar para siempre con una sociedad de injusticias, de oscurantismo y de vicio, para construir aquella armoniosa ciudad de Utopía, que ocupa un lugar tan importante en el imaginario anarquista y en la cual el hombre, libre al fin, recobrará su verdadera condición original de sensibilidad y de bondad”.<sup>9</sup> Binaria y paternalista, la visión Andreu, Fraysse y Montoya resulta insuficiente desde nuestra perspectiva para pensar no sólo a la literatura anarquista en general sino a la obra de Barrett en particular.

En el presente trabajo me propongo indagar la vida y en la obra de Barrett proponiendo algunas líneas de lectura que pongan de manifiesto, entre otras cosas, la singularidad de su anarquismo mínimo.

---

<sup>7</sup> Yunque, Álvaro, **Barrett. Su vida y su obra**, Editorial Claridad, Buenos Aires, S/F, Pág. 22.

<sup>8</sup> Yunque, Álvaro, **Op. Cit.**, Pág. 14.

<sup>9</sup> Andreu, Jean; Fraysse, Maurice y Golluscio de Montoya, Eva, **Anarkos. Literaturas libertarias de América del sur. 1900**, Corregidor, Buenos Aires, 1990, Pág. 12.

## II

“Barrett fue para mí como una sombra que pasa. Barrett debía ser un hombre desequilibrado, con anhelos de claridad y de justicia. Tipos así dejan por donde pasan un rastro de enemistad y de cólera. A la gente le gusta la mentira.”  
(Pío Baroja, **Memorias**)

Barrett nació el 7 de enero de 1876, cerca del mar Cantábrico, en Torrelavega (Santander), España. Pasó parte de su juventud en París, donde completó el secundario, y estudió, de manera inconclusa, ingeniería en Madrid. Gran pianista, hablaba y leía a la perfección el inglés y el francés, siendo su condición de políglota un rasgo excepcional dentro de lo que se llamó la juventud del 98, a la que por lo general se tiende a asociar su figura. De hecho, el único análisis integral de la obra de Barrett disponible, realizado por Francisco Corral<sup>10</sup>, sitúa muchos de sus tópicos dentro del magma de inquietudes que animó la vida intelectual finisecular en España. A saber: regeneracionismo social y modernismo estético. Es imposible, sin hacer un recorrido que excede por mucho los propósitos de esta presentación, discutir la permanente remisión, en el libro de Corral, de Barrett al *noventayochismo* español. Nos conformamos, de momento, con afirmar que es indudable que Barrett interactuó con los círculos intelectuales del Madrid de fin de siglo y que lo conocieron, según consta en varias memorias, Ramiro de Maeztu, Pío Baroja y Valle Inclán, sólo por nombrar las figuras más resonantes.

Luego de “malgastar” su fortuna -algo modesta para el canon aristocrático y sin posibilidad alguna de reproducirla- y de ser víctima de una bizarra deshonra que derivaría en el incidente del azotamiento público del duque de Arión<sup>11</sup>, previo paso por París, abandona Europa con destino americano en los primeros días de 1903. Pocos meses antes, el 16 de Noviembre de 1902, circula la noticia, desmentida al tiempo, de su suicidio<sup>12</sup>. Verdaderamente, Rafael Ángel Jorge Julián Barrett y Álvarez de Toledo, tal

---

<sup>10</sup> Corral, Francisco, **El pensamiento cautivo de Rafael Barrett. Crisis de fin de siglo, juventud del 98 y anarquismo**, Siglo XXI, Madrid, 1994, Págs. 3-55.

<sup>11</sup> Para obtener un relato más acabado del incidente de Barrett en Madrid -que incluye un reto a duelo, una descalificación a su persona por conductas sexuales contranatura, el mencionado apaleamiento público continuado de una suerte de excomunión de la aristocracia española – y otros aspectos de su biografía, ver: Corral, Francisco, **El pensamiento cautivo de Rafael Barrett. Crisis de fin de siglo, juventud del 98 y anarquismo**, Siglo XXI, Madrid, 1994, Págs 3-55. Puede consultarse también: Muñoz, Vladimiro, **El pensamiento vivo de Barrett**, Editorial Rescate, Buenos Aires, 1977, Págs. 11-50.

<sup>12</sup> El periódico **La época** de Madrid anuncia el suicidio de Rafael Barrett. La noticia repetida por **El heraldo de Madrid** y otros diarios, siempre bajo cierto halo de conjetura, es desmentida hacia fines de ese mismo mes. Todas las noticias resaltan la notoriedad del suicida como aquel que meses atrás, luego de haber sido descalificado por un tribunal de honor, azotó públicamente a un importante miembro de la

era su nombre completo, moriría el 17 de Diciembre de 1910 a los 34 años en Arcachón, Francia, en una última y desesperada tentativa por curar una tuberculosis, probablemente adquirida en suelo paraguayo. Su arco vital es exasperante por la brevedad; condensado y astillándose, permanentemente, en más y más fragilidad.

### III

La mirada más generalizada sobre su vida y su obra, nos muestra a un joven promisorio en el naciente campo intelectual español de fin de siglo XIX, que por razones poco claras termina recalando en el continente americano. Principalmente en Paraguay e intermitentemente en Argentina y Uruguay. Un dandy –para más datos, ciudadano británico por sangre paterna y vinculado por vía materna a los duques de Alba–devenido anarquista. Del oropel de la aristocracia a la miseria de los yerbales paraguayos y las asperezas de la guerra social. Un corte. Un hombre que nace dos veces y que hemos visto muere dos veces; un hombre que ha vivido solamente siete años.

Todos los perfiles sobre Barrett destacan la discontinuidad existente entre su pasado y su futuro, a partir de la migración y su deriva. Pero desde un principio no está claro el rebelde, ni es vislumbrable, si es que alguna vez sucede tal cosa, el anarquista. Será preciso entender el viraje, el instante, no como momento discreto de una cadena de acontecimientos teleológicamente unificados; no como momento dialéctico más importante de una vida que es necesario atravesar en su negatividad para volver a reencontrarse con lo propio. Todas las semblanzas coinciden en remarcar la cesura en su perfección. Un antes y un después, puros. Sin embargo, el instante y el señalamiento de Barrett, siguiendo a Sartre en su estudio sobre la interjección de la vida y la obra de Jean Genet, indican que “quien dice instante, dice instante fatal”. Ese instante que, como afirma Sartre, “es el movimiento recíproco y contradictorio del antes por el después; se es todavía lo que se va a dejar de ser y ya se es lo que se va a ser; se vive su muerte, se

---

aristocracia madrileña. El diario **La época** refiere de la siguiente manera el falso suicidio de Barrett: “Circula hace días por Madrid la noticia de un suicidio que por tratarse de una persona de la que hubo de hablarse mucho en época reciente, ha producido impresión. El presunto suicida es el Sr. Barrett. Nuestros lectores recordarán que este señor sometió su discutida conducta a un tribunal de honor, el cual hubo de descalificarle (...). A estos hechos siguió una agresión contra una persona de la alta sociedad que goza en Madrid de general simpatía” (**La época**, Madrid, 16 de noviembre de 1902). Por su parte, en una línea similar, **El heraldo de Madrid** apunta: “Pocos días después se dijo que el suicida era el Sr. Barrett, el mismo que hará varios meses estuvo procesado por el juzgado del distrito de Buenavista, Madrid, por haber agredido en el circo de Parish al señor duque de Arión, causándole una herida en la cabeza” (**El heraldo de Madrid, Madrid, 17 de noviembre de 1902**). Ambos textos pueden consultarse en: Barrett, Rafael, **OC IV**, Págs. 369-371.

muere su vida; en el seno de la vida más plena se presiente que no se hará más que sobrevivir, se teme el porvenir. Es el tiempo de la angustia y el heroísmo, del placer y la destrucción, baste un instante para destruir, para gozar, para matar, para hacerse matar, para hacer su fortuna tirando a los dados”.<sup>13</sup> La apertura, en los relatos sobre su vida, se presenta como un vacío, un momento donde la plenitud está ausente. Algo se ha perdido y se ha ganado en el camino y no sabemos con exactitud de qué se trata. Manuel Gálvez, por ejemplo, en sus **Recuerdos de la vida literaria**, da una de las miradas más habituales que los otros tienen de Barrett. Refiriéndose al itinerario y a las figuras que formaron parte de la experiencia de la revista **Ideas** recuerda: “entre los colaboradores de la revista que no pertenecían a nuestro compacto grupo, hubo uno que merece un comentario especial. Era un hombre muy alto y rubio, elegante, distinguido y de bello tipo que se llamaba Rafael Barrett (...) Había tratado con Oscar Wilde y vivido en París, cosas ambas que le dieron prestigio entre nosotros. Un día quiso conocer a mi familia, y fue a la casa de mi padre, donde le presenté a mis hermanas. Barrett nos sorprendió con su levita elegantísima y su galera de felpa. Esto no tendría mayor interés si no dijese lo que después hizo este hombre. Quedó en la mayor pobreza y fue a dar al Paraguay. Allá conoció la vida del trabajador en los yerbales, la existencia mísera de la clase proletaria, y escribió varios libros que explotaron en los países del plata como bombas de dinamita, y uno de los cuales, el más impresionante, titulábase **El dolor paraguayo**. Convirtiéndose en el padre espiritual de los rebeldes, en un líder anarquista y peligroso. Y cuando yo oí hablar de él con fervor a algunos de sus partidarios, me acordaba de aquella levita y aquella galera de felpa.”<sup>14</sup>

Independientemente de la ironía de Gálvez, la dirección del gran cambio tiene, aparentemente, una orientación a posteriori muy clara. Desde el universo estrictamente anarquista, en el cual su obra fue acogida como propia, González Pacheco escribió: “(...) generalmente, los más notorios rebeldes provienen de aquellas clases, o castas, detentadoras del mando. Y viceversa: los más brutales tiranos surgen también de las otras, sometidas y expoliadas. (...) Esto ocurrió con Barrett. Nacido de hidalgos ricos, creció con la cultura de su época, viendo crecer en el mundo el arte y la ciencia. Jugando a sabio y a artista, seguro de que la vida era eso que floreció de los libros (...) Y así, con este bagaje de señorito o de príncipe, se echó a vivir. Y así también fue el

---

<sup>13</sup> Sartre, Jean Paul, **San Genet Comediante y mártir**, Losada, Buenos Aires, 2002, Pág. 31.

<sup>14</sup> Gálvez, Manuel, **Recuerdos de la vida literaria (I). Amigos y maestros de mi juventud. En el mundo de los seres ficticios**. Taurus, Buenos Aires, 2002, Pág. 88.

manteo, que a su primera salida, le dieron los propios suyos, ricos hidalgos. ¿Cómo no se enderezó vuelto un desencantado o un cínico?... La vida empieza en cada uno, y la de Barrett no era la de su casta o su clase. Castigada aquella infamia, comenzó a vivir la suya. Comenzó el *vía crucis*. Desde el confort de Madrid a todas las privaciones del Paraguay; del ejecutante de música de Beethoven y Chopin a ejecutar miserables que lo llenan de inmundicia, y del júbilo vital a la melancolía de *un cadáver bien conservado*".<sup>15</sup>

#### IV

Se ignora con precisión en qué momento de 1903 Barrett llegó a Buenos Aires. Lo cierto es que el primero de agosto de ese año apareció en la revista **Ideas** el primer texto, del que se tenga noticia, con su firma, titulado **Aguafuertes**. Colaboró también en la revista **Caras y Caretas** y en los periódicos **El Tiempo** y **El Correo Español**, este último portavoz de los españoles republicanos en Argentina. Se sabe también que se dedicó a las matemáticas y se supone, ya que sus biógrafos no han podido corroborar el dato, que participó en la fundación, junto con el español Julio Rey Pastor, de la Unión Matemática Argentina, posible antecedente de la actual Facultad de Ingeniería.

En Buenos Aires, a partir de una polémica generada por la disertación del republicano español Ricardo Fuente, llevada a cabo en el Teatro San Martín, Barrett tuvo un duro intercambio con el militar español Juan de Urquía, quien desde las páginas de **El Diario** y bajo el pseudónimo de "El Capitán Verdades" atacaba a Fuente. El altercado terminó en un reto a duelo que Barrett aceptó, pero que no habría de llevarse a cabo al llegar noticias desde Madrid que recordaban que Barrett había sido descalificado allí por un tribunal. Sin dudarlo un segundo e imposibilitado de probar su honor en el duelo, Barrett se precipitó al hotel Imperial en búsqueda de Urquía y equivocándose de persona golpeó duramente, con un bastón, al dueño del hotel, el señor Pomés.<sup>16</sup> En la primera mitad de 1904 Barrett aceptó irse a Paraguay como cronista del diario **El Tiempo** para cubrir la revolución liberal que estaba teniendo lugar en dicho país.

---

<sup>15</sup> González Pacheco, Rodolfo, "Rafael Barrett. Prólogo a sus obras completas"; en: **Carteles**, Americalee, Buenos Aires, 1956, Pág. 130

<sup>16</sup> Hay que decir que, para Barrett, el duelo, como instancia de autoafirmación, es absolutamente legítimo. En un texto de 1906 (una fecha casi tardía en la vida de Barrett) afirma: "el duelo es legítimo: es la única salvaguardia de nuestra individualidad, es un precioso excitante del valor personal y de las energías sociales; es un bello gesto de las edades heroicas." Barrett, Rafael, "La tragedia de hoy", **OC IV**, Pág. 103.

## V.

Con su llegada a Paraguay –primero al campamento rebelde de Villeta, donde simpatizó brevemente con la causa liberal; luego a Asunción, donde ingresó con el bando triunfador– pareció definirse el perfil más acabado de Barrett y su obra. Barrett se refirió a Paraguay como “el único país mío, que amo entrañablemente, donde me volví bueno”. Lo cierto es que, salvo en el lapso de menos de cuatro meses que vivió en Montevideo y el tiempo que estuvo fuera con motivo de una deportación, Barrett produjo la mayor parte de su obra en Paraguay. En Asunción trabajó como periodista, desde enero de 1905, en **El Diario** y realizó tareas como ingeniero, ocupando diversos cargos en la Oficina de Estadística. Trabajó luego en el Departamento de Ingenieros y en el ferrocarril, a la vez que dictaba clases de matemáticas.

En 1906 fue nombrado secretario del Centro Español, donde conoció a Francisca López Maíz, con quien se casaría el 20 de abril y con quien habría de tener su único hijo, Alex. Ya en 1907 trabajó como agrimensor en Arroyos, Esteros y Laguna Porá y fue, aparentemente, en aquel año que se manifestaron los primeros síntomas de tuberculosis. En 1908 su producción periodística se intensificó y se publicaron artículos suyos en **Los Sucesos**, **La Tarde**, **El Paraguay**, **El Cívico**, **El Diario**, todos periódicos asunceños, ninguno de orientación anarquista. Si bien, al parecer, ya había participado en actividades de la Unión Obrera, fue en ese año que Barrett, junto con el anarquista argentino José Guillermo Bertotto, desarrollaría actividades específicamente anarquistas con la fundación del periódico **Germinal**.<sup>17</sup> Dicho periódico ha sido considerado como un hito dentro de la historia del movimiento anarquista paraguayo, aunque, como todo en Barrett, fue de una increíble fugacidad. **Germinal** alcanzó a publicar tan sólo once números entre el 2 agosto y el 11 de octubre.

---

<sup>17</sup> Para consultar acerca del lugar que ocupan **Germinal** y Rafael Barrett en Historia del Movimiento obrero de Paraguay consultar: Salinas, Darío, “Movimiento obrero y procesos políticos en Paraguay”; en González Casanova, P. (Coordinador), **Historia del movimiento obrero latinoamericano. Volumen III**, Siglo XXI, México, 1984, Págs. 359-421. Para establecer la importancia de Barrett en la conformación del anarquismo paraguayo, consultar: Rama, Carlos y Capelletti, Ángel J., **El anarquismo en América Latina**, Ayacucho, Caracas, 1990, Págs. LXXVII-LXXXIV.



## VI.

Hay algo notable en los textos y en la obra misma de Barrett que debe ser enfatizado: su brevedad. Acotados sus escritos –con la excepción de unos pocos ensayos, conferencias, algunos cuentos y una suerte de aforismos agrupados bajo el nombre de **Epifonemas**– a una prosa periodística, que expiaría en parte su independencia doctrinal, habría que decir que son cajas demasiado pequeñas para su contenido. Pura dinamita cerebral, es imposible resumir la cantidad de temáticas y direcciones desarrolladas en ellas. Escribía sobre todo lo que sucedía en el mundo. El procedimiento de elaboración era aparentemente sencillo: el telégrafo escupía una noticia y Barrett, donde estuviera, la refractaba en el papel otorgándole densidad propia y autonomía. La noticia quedaba como suspendida y él se daba cuenta de que, insertos en la dinámica de su tiempo y a la distancia, sus piezas escriturarias devenían inactuales: “estoy fuera de la actualidad, y confieso que no me disgusta. Estar fuera de la actualidad se asemeja a estar fuera del tiempo, a divinizarse; la inmutable soledad de estas regiones ayuda a la ilusión”.<sup>18</sup>

A propósito de sus escritos en los cuales la denuncia es asumida como estilo, entre los que destacan aquellos agrupados en **Lo que son los yerbales**<sup>19</sup>, se puede decir que Barrett, en Paraguay, vive en el destiempo propio del *extranjero*, entendido como una configuración en la se condensan tanto la no-vinculación a un punto del espacio como la sedentariedad. De esta manera, siguiendo a Simmel, el extranjero, que no es quien viene hoy y se va mañana, sino quien viene hoy y se queda mañana, es por así decirlo, “el emigrante en potencia, que aunque se haya detenido, no se ha asentado completamente. Se ha fijado dentro de un determinado círculo espacial –o de un círculo cuya delimitación es análoga a la espacial–; pero su posición dentro de él depende esencialmente de que no pertenece a él desde siempre, de que trae al círculo cualidades que no proceden ni pueden proceder del círculo”.<sup>20</sup> Sólo con la mirada, ni extraña ni familiar, en tensión, de aquellos que tienen una posición de miembros, pero que a su vez están a su vez afuera (y enfrentados) de un espacio social, es posible, según la expresión de Roa Bastos, que Barrett se convierta en “el descubridor de la realidad social de

---

<sup>18</sup> Barrett, Rafael, “Cartas inocentes”, **OC IV**, Pág. 150.

<sup>19</sup> En junio de 1908 Barrett escribe **Lo que son los yerbales**, compuesto por una serie de artículos (seis para ser exactos) escritos para **El Diario**, que salieron entre los días 15 y el 27. Los textos que lo integran son: **La esclavitud y el estado**, **El arreo**, **El yugo en la selva**, **Degeneración**, **Tormento y asesinato** y **El botín**.

<sup>20</sup> Simmel, Georg, “El extranjero”; en: **Sobre la individualidad y las formas sociales. Escritos escogidos**, Universidad Nacional de Quilmes, Quilmes, 2002, Pág. 211.

Paraguay”.<sup>21</sup> Él escribe en un páramo, un territorio diezmado, en el cual no hay auditorio para su voz, ni entre los explotadores (negadores y beneficiarios de la miseria) ni, prácticamente, entre los explotados. Aplastados contra la realidad que los oprime, los que han quedado y nacido durante los treinta años posteriores al fin de la Guerra de la Triple Alianza “sufren tanto ¡que no saben que sufren!”. Barrett se refiere al destiempo del espacio de experiencia paraguayo: “Es que la desconfianza el miedo y la sumisión inerte pesan en vuestra carne. Es que habéis sido engendrados por vientres estremecidos de horror y vagáis atónitos en el antiguo teatro de la guerra más despiadada de la historia, la guerra parricida y exterminadora, la guerra que acabó con los muchos de una raza y arrastró las hembras descalzas por los caminos que abrían los caballos, quizás ignorantes de vuestra orfandad y vuestro luto; vivís desvanecidos en la sobra de un espanto. Sois los sobrevivientes de la catástrofe, los errantes espectros de la noche después de la batalla. ¿Qué son treinta años para restañar tales heridas? Seguí vuestro destino pastores taciturnos. En torno vuestro las flores han cubierto las tumbas; nadie es capaz de atender a la formidable fertilidad de la tierra; el hierro y el fuego mismo la fecundan; no hay para ella gestos asesinos. Por eso, en su vitalidad indestructible, ella, que recibió los huesos de los héroes inútiles no ha de negar su paz austera a los hijos del infortunio”.<sup>22</sup> Barrett inventa una realidad ausente, no intenta reproducirla, porque es una realidad en delirio y cualquier estrategia de aprehenderla especularmente fracasa. Recurriendo una vez más a Roa Bastos, se puede decir que: “mostró cómo era posible producir textos de valores intrínsecos y autónomos; que no se proponían la simple transcripción de la realidad visible sino la mostración y revelación de la realidad invisible en la virtualidad de sus múltiples significaciones”.<sup>23</sup>

El paso de Barrett por Montevideo<sup>24</sup>, única ciudad donde se le prodigaron reconocimientos intelectuales y donde sus escritos encontraron una caja de resonancia

---

<sup>21</sup> Roa Bastos, Augusto, “Rafael Barrett descubridor de la realidad social del Paraguay”; en: Barrett, Rafael, **El dolor paraguayo**, Ayacucho, Caracas, 1978.

<sup>22</sup> Barrett, Rafael, “La estancia”; en: **El dolor paraguayo, Op. Cit.**, Pág. 9.

<sup>23</sup> Roa Bastos, Augusto, **Op. Cit.**, Pág. XXIX. El descubrimiento de la realidad social del Paraguay le costó a Barrett la cárcel y el destierro. A causa de un artículo titulado **Bajo el Terror** fue encarcelado y sólo gracias a la intermediación del embajador británico se logró, en dos oportunidades, que fuera deportado. La primera se frustró cuando fue detenido en el barco que lo iba a llevar a Argentina. En la segunda, el 13 de octubre de 1908, Barrett abandonó Paraguay después de cuatro años de estadía. Luego de algunas peripecias que lo demoraron en Brasil arribó, finalmente, a Montevideo en el mes de noviembre.

<sup>24</sup> Todo lo referente a las vinculaciones de Barrett con Uruguay se encuentra en un libro magistral compilado por el que es, sin lugar a dudas, su mejor biógrafo Vladimiro Muñoz. Ver: Muñoz, Vladimiro, **Barrett en Montevideo**, edición del autor, Montevideo, 1982.

adecuada, fue sumamente fugaz. Al poco tiempo de arribar fue presentado por indicación de Emilio Frugoni al Dr. Samuel Blixen, director de **La Razón** y **El siglo**, periódicos en que empezó a escribir en el mes de diciembre. Frugoni, que junto al teósofo Félix Peyrot fue uno de sus grandes amigos uruguayos, cuenta a propósito de su primera impresión de Barrett: “volví a ver al Jesús de las estampas”.<sup>25</sup> En tan sólo cuatro meses, entre noviembre de 1908 y febrero de 1909, se convirtió en una figura central de los círculos intelectuales montevideanos. Con motivo del empeoramiento de su salud, Barrett pasó gran parte de su estadía en Montevideo en el Hospital Fermín Ferreira, donde se le diagnosticó tuberculosis pulmonar.

## VII

El anarquismo para Barrett explicitado por él mismo como el propio, se reduce a una simple fórmula: “Me basta el sentido etimológico: *ausencia de gobierno*. Hay que destruir el espíritu de autoridad y el prestigio de las leyes. Eso es todo”.<sup>26</sup> Eso es todo casi literalmente; todas las demás referencias al anarquismo (o a los anarquistas) son en tercera persona y tienen un tono severamente profético. Para Barrett: “El anarquista de acción es el fanático extraviado por la exaltación suprema. Su tipo es análogo al de los primeros cristianos, sedientos de muerte. Aquellos morían. Estos mueren, pero después de matar. Desengañémonos, el hombre adora lo trágico. Los anarquistas dan su tono poderosamente sombrío al cuadro de la emancipación proletaria. El grito de la dinamita es el del vapor, que a través de las válvulas, revela la incalculable presión de las calderas”.<sup>27</sup> El anarquismo, entendido de este modo, mucho más que una doctrina –son sumamente escasas las referencias a sus padres fundadores– es un gesto que se desenvuelve en un universo religioso, a la manera de una gracia. Criticando la Ley de Residencia en Argentina, exclama: “El anarquismo es hoy una atmósfera moral que penetra los últimos escondrijos del globo, y querer detenerlo en la dársena es querer detener el viento. Bloquead Buenos Aires, y le convertiréis en bomba máxima: El terrorismo es obra vuestra, y sea dicho en honor de la Argentina: su anarquismo es argentino, y único fermento de verdadera evolución hacia el bien”.<sup>28</sup> Los escritos de Barrett no se insertan de ningún modo en las discusiones internas (las que fueran) que

---

<sup>25</sup> Frugoni, Emilio, “Cómo conocí a Barrett”; en Barrett, Rafael; **OC IV**, Pág. 343.

<sup>26</sup> Barrett, Rafael, “Mi anarquismo” en: **OC II**, Pág.132.

<sup>27</sup> Barrett, Rafael, “La cuestión social”; en: **OC II**, Pág. 252.

<sup>28</sup> Barrett, Rafael, “El terror argentino”; en: **OC III**, Pág. 19.

agitaban a los anarquistas de su tiempo. Equidistante de la bomba y sus restos, Barrett intenta captar la intención del atentado. En un texto suyo muy citado, después de ver la manera en la que emergen los miserables en la Avenida de Mayo, enuncia: “Sentí que la única manera de ser bueno es ser feroz, que el incendio y la matanza son la verdad, que hay que mudar la sangre de los odres podridos. Comprendí, en aquel instante, la grandeza del gesto anarquista, y admiré el júbilo magnífico con que la dinamita atruena y raja el vil hormiguero humano”.<sup>29</sup>

Por debajo de la condena hay una segunda forma del anarquismo. Barrett, que tenía el Nuevo Testamento como libro de cabecera, no se vale solamente de las imágenes religiosas como un mero recurso para infundir patetismo y expresividad a su anarquismo; la religiosidad es su nervadura y en él anarquismo y religión se encuentran profunda y mutuamente imbricados en una forma original. De esta manera es posible pensar dicha imbricación más allá del milenarismo, movimiento místico-religioso con el que muchos estudiosos, desde Karl Mannheim a Michael Löwy<sup>30</sup> (entre otros) han asociado al anarquismo. De sus escritos no se desprende ninguna escatología; no hay en ellos una doctrina de los tiempos finales y la anarquía como aspiración ni siquiera es mencionada (no he encontrado en sus textos ninguna referencia a ella). El anarquismo es apenas un remanso, una suerte de encarnación temporal de una vida en constante flujo que lucha contra la petrificación de las formas sociales. En un texto titulado **El anarquismo en la Argentina**, después de afirmar que la vida es cambio permanente y que la inmovilidad ansiada por el Poder Ejecutivo es la muerte, Barrett consuela: “No se asuste tanto del anarquismo; consuélase con la certidumbre de que los anarquistas parecerán algún día anticuados y demasiado tímidos. ¡Sólo la vida es joven!”.<sup>31</sup>

Por otra parte, no es de extrañar que el núcleo de la religiosidad en su obra se encuentre encarnado, principalmente, en dos figuras temporales y mortales: Jesús y León Tolstoi. El Jesucristo barrettiano no desciende de la cruz como el de Azorín, figura central del 98 español, exclamando a los creyentes que oran ante él: “Hijos míos, sois unos imbéciles”<sup>32</sup>. Muy por el contrario, Jesús, opuesto absoluto a su padre Jehová, que no resigna a morir, permanece en la cruz y extrae su significación fecunda en su propia

---

<sup>29</sup> Barrett, Rafael, “Buenos Aires”; en: **OC II**, Pág. 29.

<sup>30</sup> Mannheim, Karl, **Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento**, Fondo de cultura económica, México, 2004, Págs. 248-256. Löwy, Michael, **Redención y utopía. El judaísmo libertario en Europa Central. Un estudio de afinidad electiva**, Ediciones el Cielo por Asalto, Buenos Aires, Págs. 17-28.

<sup>31</sup> Barrett, Rafael, “El anarquismo en la Argentina”, **OC II**, Pág. 86.

<sup>32</sup> Martínez Ruiz, J. (alías Azorín), “Anarquismo y cristianismo”; en: Horowitz, Irving Louis (comp.), **Los anarquistas. 2/ La práctica**, Alianza, Madrid, 1979, Pág. 300.

muerte: “el ignominioso suplicio pagano que acababa la vida afrentando la muerte, el madero cruel en que se clavaba no sólo a los criminales, sino a las fieras y las alimañas inmundas, fue purificado para siempre por la sangre del más divino de los héroes, el que hizo enmudecer a Carlyle, y enternecerse al formidable Renán; el que cambió el mundo, con su palabra suave, desde un rincón de Galilea. Sobre el desnudo y trágico cerro, lleno de calaveras de ajusticiados, la cruz, al lívido resplandor del inolvidable crepúsculo, se volvió sagrada”.<sup>33</sup> Jesucristo es una atalaya moral cuya figura se engrandece en la medida en que aumentan los medios técnicos de dominación de la naturaleza y el mundo. En una conferencia titulada **El progreso**, enfatizando la relación inversamente proporcional entre los desarrollos tecnológicos y morales, apuntaba: “El problema del mundo es un problema moral. Por eso, a pesar de nuestro dominio creciente sobre la materia y de las dimensiones monstruosas de nuestra civilización, la silueta de Jesús está siempre en la cumbre inaccesible; Jesús era una energía estrictamente moral. Nadie ha penetrado en las regiones donde él penetró; después de él nada nuevo ha sucedido a la humanidad”.<sup>34</sup> En diálogo permanente con Jesús se yergue la figura de Tolstoi como ejemplo del anarquista absoluto: “he aquí a uno de los más nobles héroes de la historia, a uno de los santos más puros con que puede honrarse nuestra raza. Es difícil acercarse a esta augusta figura sin que nuestras rodillas se doblen, no ante lo divino, sino ante lo *nuestro*, tanto más nuestro precisamente cuanto más sublime”.<sup>35</sup> Al igual que Jesús, Tolstoi deviene entidad divina por su condición humana y, por ende, de su mortalidad. Ambos atestiguan con su vida y con su muerte cosa que no sucede con el vengativo dios del Antiguo Testamento.

## VIII

Si bien es cierto que son abundantes en la obra de Barrett referencias a las bondades de desarrollo de la ciencia y la técnica (juntas y por separadas), llegando a afirmar inclusive que “cuando el oro haya desaparecido al igual que la espada, cuando se hayan desvanecido las mezquinas emociones que cual andamiaje fútil acompañan a la acción del capital moderno, quedará el edificio levantado por el mal para que el bien lo

---

<sup>33</sup>Barrett, Rafael, “La cruz”; en: **OC IV**, Pág. 66. Es indudable que la imagen de Jesús en la cruz que se plasma en este texto fue de difícil digestión para los anarquistas. El texto que se incluía en la primera edición de sus obras completas de Americana del año 1943, fue excluido de la segunda edición de 1954.

<sup>34</sup> Barrett, Rafael, “El progreso”; en **OC II**, Pág. 282.

<sup>35</sup> Barrett, Rafael, “La muerte de Tolstoi”; en **OC III**, Pág. 44.

habite”<sup>36</sup>; también es cierto que el horizonte de expectativa emancipatoria no se extrae ni del análisis del binomio “ciencia y técnica” en sí, ni del relevamiento de sus potencialidades.

En Barrett el anarquismo no obtiene su fortaleza de una fe en la dimensión liberadora de la ciencia y tampoco extrae sus posibilidades de una predisposición pedagógica apta para develar los mecanismos en los cuales se engazaría y ocultaría la opresión. En este sentido el discurso no es poseedor de la supremacía ontológica que le correspondería bajo la forma en la cual ha sido pensada la actividad literaria del anarquismo en su conjunto. El *logos* se contrae frente a otras fuentes de expresión y en este punto la descripción “positiva” de la realidad deviene un idioma de muertos incapaz de captar la vida en su constante fluir: “¡Desvariados! De tanto mirar por el vidrio de vuestros microscopios y de vuestros telescopios tenéis la mirada de los difuntos. Analizáis maravillosamente lo automático. No veis más que lo verdadero, y se os escapa lo real. Creéis tocar la sangre del universo, y no palpáis más que su osamenta”<sup>37</sup>. La diferenciación entre lo verdadero y lo real tan cara al vitalismo se presenta también, por ejemplo, a la hora de valorar el aporte de la obra de Marx a la liberación de los oprimidos. La misma es pensada como verdadera, en tanto que científica, pero insuficiente para guiar la acción: “El razonamiento no crea energía. La razón será lo que se quiera, menos un motor. ¿En qué puede vigorizar al proletariado la idea del determinismo económico?”<sup>38</sup>. Para Barrett el proletariado, del mismo modo que para Sorel y abrevando en éste, opera por demolición y no por comprensión. Es importante tener en cuenta que Barrett escribe este artículo sobre la cuestión social en 1910 (tan sólo tres años después de la primera edición de **Reflexiones sobre la violencia**) y es probable que sea una de las primeras expresiones de “sorelismo” en territorio americano. Entonces, haciendo explícita la fuente Barrett afirma que el proletariado se “inclina a cultivar los elementos que le prometen el triunfo, que se lo prometerían y tal vez se lo procurarían aunque se tratara de un triunfo ilógico: la disciplina y la fe. (...) De aquí el sindicalismo, invasión reciente y formidable de algo que ya no es teoría, sino una táctica austera. El carácter del movimiento es religioso; las grandes

---

<sup>36</sup> Barrett, Rafael, “La conquista de Inglaterra”; en **OC II**, Pág. 41

<sup>37</sup> Barrett, Rafael, “Filosofía del altruismo”; en **OC II**, Pág. 236

<sup>38</sup> Barrett, Rafael, “La cuestión social”; en **OC II**, Pág. 248

transformaciones sociales nos e llevan a cabo sin estas magníficas epidemias de fe y esperanza. Sorel dice que la huelga general es un ‘mito’ del sindicalismo (...)”<sup>39</sup>.

## IX

Aunque sucinta y acorde a la economía textual de una enciclopedia, quizás la mejor definición del anarquismo de Barrett pueda extraerse del **Esbozo de una enciclopedia histórica del Anarquismo español** de Iñiguez, donde se lo presenta como defensor de un anarquismo sereno, contenido y analizador de la realidad, más creador que propagador.<sup>40</sup> Absolutamente desraizado (claramente se equivoca Cesar Aira cuando señala que sus textos fueron publicados en diversos periódicos anarquistas),<sup>41</sup> el lugar que ocupa dentro de la literatura anarquista habría que buscarlo en un linaje de anarquistas, por llamarlo de algún modo, menor. Barrett ejemplifica perfectamente a los hombres débiles elogiados por Tarkovsky que, frente al expansionismo individual y agresivo (del cual, dentro del anarquismo, el Di Giovanni de Bayer es una figura emblemática), no logran adaptarse de manera pragmática a la existencia.<sup>42</sup> El propio Barrett, tuberculoso y moribundo, entreteje una tradición en la cual la fragilidad es un elemento constituyente del pensamiento. En una carta escrita, a pocos días de morir, al ensayista y poeta uruguayo-argentino Alberto Zum Felde, alias Aurelio del Hebrón, replica a las críticas que aquel le hiciera en nombre de la vida: “La salud significa lo normal, lo frecuente, o no significa nada. Frecuente: ¿vulgar?... ¡cuidado! ¿Quisiera usted ser vulgar, usted, cuyos versos han sido comparados con los de Baudelaire? ¿Era Baudelaire una “briosa bestia joven”? Cuando la hermosísima madame Sebatier, la Musa de *Las Flores del Mal*, consintió en ser suya, le faltó virilidad para poseerla. En cambio, Musset, al cual, ignoro por qué razón, coloca usted cerca de mí, era el más ingenuo, el más infatigable de los voluptuosos. Los dignificadores del hombre que usted me cita, Stirner, Nietzsche, Guyau, Carlyle, Emerson, ¿eran “bestias briosas”? ¡Pobre Stirner, casi un pordiosero; pobre Guyau, tísico; pobre Carlyle, asexual, dispéptico, neurótico; pobre Nietzsche, demente!”<sup>43</sup>. Pura apertura, sus escritos mucho más que un

---

<sup>39</sup> “La cuestión social”; en **OC II**, Pág. 248

<sup>40</sup> Iñiguez, Miguel, **Esbozo de una Enciclopedia histórica del anarquismo español**, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, Madrid, 2001, Pág. 78.

<sup>41</sup> Aira, César, **Diccionario de autores latinoamericanos**, Emecé, Buenos Aires, 2001, Pág. 74.

<sup>42</sup> Tarkovsky, Andrei, “Elogio del hombre débil”; en **Nombres. Revista de Filosofía**, Córdoba, año XI, septiembre de 2001, Págs. 111-115.

<sup>43</sup> Barrett, Rafael, “Respuesta a Aurelio del Hebrón”, **OC III**, Pág. 129.

mero instrumento de simplificación didáctica de la realidad tendiente a la consecución de un fin, se asemejan, mucho más, a una tentativa de donación y cura. Donación del signo y cura de Barrett y del mundo. La literatura, pensada de este modo, se presenta entonces como una iniciativa de salud. En esta línea, siguiendo a Deleuze, “el escritor no tiene necesariamente una salud de hierro, en Barrett esto es más que claro,” aunque goza de una irresistible salud pequeñita producto de lo que ha visto y oído de las cosas demasiado grandes para él, demasiado fuertes para él, irrespirables, cuya sucesión le agota, y que le otorgan no obstante unos devenires que una salud de hierro y dominante haría imposible. De lo que ha visto y oído, el escritor regresa con los ojos llorosos y los tímpanos perforados”.<sup>44</sup> Lo que ha visto y oído, en su caso, ha sido posible en gran parte por la extranjería de su pensamiento, expresado, no sólo al interior de un espacio territorialmente delimitado, sino con mayor intensidad dentro del propio anarquismo.

---

<sup>44</sup> Deleuze, Gilles, “La literatura y la vida”, en **Crítica y Clínica**, Anagrama, Barcelona, 1997, Pág. 14.